



FRATISA

en Tamahú

HOJA INFORMATIVA

Nº 158 – JULIO 2025

Obra solidaria de Fratista (Escuela Bíblica de Madrid) en Guatemala

El rostro adusto de nuestra misión

Antonio Salas

Entiendo muy bien que algunas personas se hayan forjado una idea romántica y casi idílica de nuestra obra solidaria en Tamahú. Yerran quienes tal piensan. Cada vez tengo más claro que nuestra presencia entre los colectivos indígenas de aquel municipio, aunque genere satisfacciones, exige encarar de continuo el rostro amargo de la desventura. No es grato toparse a diario con quienes, presas de una exasperante desnutrición, se ven además forzados a convivir con la enfermedad. Tras casi ocho años de ofrecer solaz a aquellas gentes, parece que entre ellas no cesa de acrecentarse la postración. Y no tanto porque vayan aumentando sus problemas cuanto porque cada vez nos adentramos más en la médula de su desespero. Siendo tantos los que conviven con la miseria, casi nos hemos acostumbrado a verla como normal.

Últimamente Fratista ha configurado un Comité Ejecutivo con diez colaboradores. Y, al vivir la mayoría en aldeas y caseríos, sus cáusticos informes nos permiten contemplar de más cerca el lado oscuro de la marginación. Al hacerlo, nos estremecemos. Aun sabiéndonos incapaces de erradicar sus males y dolencias, nos gratifica cuando menos aliviarlos. Con la ayuda de nuestro novel equipo, estamos descubriendo que un sinfín de familias huellan el lindero de la desazón. Pues



“¿Problemas? Nosotros vivimos felices”.

bien, a través de Fátima Guzmán, que asume la presidencia del Comité, osamos garantizar que, mientras dispongamos de fondos, nadie morirá de hambre si solicita nuestra ayuda. Hemos implementado, al respecto,

una estrategia que -si Dios no nos retira su apoyo- acabará dando sus frutos. Nuestro lema, al arrostrar el futuro, pretende ser el siguiente: ofrecer canastas de víveres a quienes nada tienen para comer. Y vemos, no sin estupor, que estos no cesan de ir en aumento. Y es que, adentrarse en la serranía de Tamahú es sumirse en un mundo donde no tiene acceso el confort. En él solo campa el desespero.

No pretendo ejercer de agorero, sino taracear con asepsia el puzle de una lacerante realidad. En el mes que acaba de finalizar, hemos descubierto -a través de nuestro recién estrenado equipo- situaciones que colindan con el desgarrar. No es mi intención consignarlas, porque -haciéndolo- recitaría una interminable letanía de penares. Si me gustaría, en cambio, compartir con nuestros lectores algunas crudas realidades donde el amargor que desprende el desgarrar se endulza con el almíbar de una sonrisa. Siempre me ha asombrado el temple de aquellas gentes ante el acoso de la adversidad. Si alguien lo cuestionara, le invito a leer los tres casos reseñados a continuación. Son simples botones de muestra.

Rosalía sigue sonriendo a la vida

La hemos conocido hace apenas un mes. Rosalía Juc Mac es una mujer de 45 años a quien su esposo abandonó cuando acababa de alumbrar a su hijita. Desde entonces han transcurrido 17 años, en los que la buena señora no ha escatimado esfuerzos para sacar adelante a su prole: un hijo, una hija y un nieto. Experta en afrontar penurias, vive en una chabola que pugna por mantenerse en pie. Quien en ella se adentra, saca la impresión de que -en un descuido- hasta podría desmoronarse. Sin embargo, allí ha echado raíces esta singular familia cuyo vivir es rendir culto a la indigencia. Aun siendo muchos sus años de penar, últimamente se ha intensificado al diagnosticársele un cáncer en su matriz.



Rosalía Juc Mac, en el umbral de su chocita

Según nos refieren sus allegados, hace ya unos tres años, carcomida por el dolor, se personó en el Centro de Salud donde la remitieron por vía de urgencia al hospital de Cobán. Llegó tan maltrecha que los médicos la creyeron muerta. Haciendo alarde de singular resistencia, la señora, tras reincorporarse, dejó muy claro su deseo de seguir viviendo. El diagnóstico le resultó traumático: el cáncer estaba ya avanzado. Su vida pendía, pues, de un hilo. Para evitar su ruptura, se le recomendó someterse a un tratamiento de radio con sus correspondientes sesiones de quimio. Obviamente, tales terapias solo se ofrecían en el hospital oncológico de la capital. ¿Cómo trasladarse hasta allí careciendo de recursos? Rosalía, lejos de arredrarse, compartió sus cuitas con sus vecinos. Y, entre todos, dando una lección de solidaridad, recaudaron los fondos necesarios para que cada semana viajara a la capital. Y así lo sigue haciendo. Para viajar, se sube a lo que se conoce como el “bus pirata”. Este, aunque destartado y renqueante, tras una noche de ajeteos, la deja no lejos del nosocomio. Y allí se le siguen aplicando las terapias desde hace ya varios meses.



Rosalía, recogiendo su despensa de víveres

Lo portentoso es que sobreviva. Lleva ya tres años recluida en su hogar, pues su dolencia le impide asumir ningún compromiso laboral. La corroen los dolores tanto en la cintura como en el bajo vientre. Admira el ver cómo, aunque sumida en un continuo penar, sigue sonriendo a la vida. Su familia la acompaña en su desdicha ofreciéndole tan solo el solaz de su compañía. En su hogar no hay ingresos. ¿Cómo logran no fenecer? Muy sencillo: toda la comunidad se ha solidarizado con su infortunio. Mientras un vecino les proporciona cinco libras de maíz, otro les deja a la puerta algún paquetito de maseca o avena. Y así llevan ya tres años conviviendo con la miseria.

Al visitar Rosalía recientemente el Centro de Salud, la doctora le aconsejó acudir a la misionera Fátima, pues ella sin duda la ayudaría. Lo hizo con sumo gusto. Al tomar conciencia de su caótica situación, nuestro desconcierto fue mayúsculo. Sin embargo, lejos de sumirnos en lamentos, nos aprestamos a brindarle apoyo. La misionera trazó sobre la marcha un plan de ayuda, cuyo paso inicial se cifraba en ofrecerle cestas periódicas de alimentos, previo arreglo con la dueña de la tienda. Rosalía vio los cielos abiertos cuando constató que la oferta de Fratisa no se limitaba a las buenas palabras.

Tardaría poco en notificar a toda su aldea que al fin podía comer. Llevaba años sin saborear las delicias de un buen café, de un plato de frijolitos o de un reconfortante atolito. Seguiremos ayudándola hasta donde las circunstancias permitan. Nos parece hasta insultante que una familia como



Roberto Cuc, con su esposa, Gladys



El triste descalabro de Roberto

esta quede proscrita en una sociedad que blasona de democrática. Si los hados nos son propicios, hasta es posible que, cuando llegue el momento, acabemos construyéndole una vivienda digna. Tanta desventura pide a gritos el tierno mimo de una mano amiga. Gustosa se la tiende Fratisa.

Roberto: un hombre marcado por su adicción

Roberto Cuc es uno de nuestros beneficiarios más vetustos. Hace ya varios años Fratisa le construyó una vivienda donde pudiera disfrutar las ventajas de un hogar confortable. Tanto él como su esposa, Gladys, laboran en la venta de cal previamente depurada. Es una mercancía muy apetitosa, pues se emplea para elaborar las tortillas de maíz. Bien que mal, su negocio les permitía vivir sin agobio. Quiso, sin embargo, el destino que Roberto cometiera un descomunal desatino. A fuerza de flirtear con el morapio, acabó tornándose alcohólico. Hace ya tiempo, caminando por una carretera en una de sus crisis éticas, fue atropellado por un vehículo cuyo conductor se dio a la fuga. Semimuerto, lo trasladaron con urgencia al hospital donde sería operado del vientre, quedando el resto del cuerpo condecorado con un mapamundi de cicatrices. Se esperaba que el percance le sirviera de escarmiento. Pero no fue tal. Roberto siguió bebiendo.

Ello jamás ha impedido que en su corazón se den cita los más nobles sentimientos. De hecho, aun sin ser el “cocode” de su aldea (Pansup),

Dios lo ha dotado con un singular carisma que lo impulsa a mitigar penas ajenas. Por una parte, su familia y comunidad lo han condenado al ostracismo. Mas, por otra, todos celebran su interés por los marginados. Fue, de hecho, él quien -hace solo un par de meses- sugirió con buen tino aumentar el número de familias agraciadas con una bolsa de víveres, aunque solo las recibieran cada dos meses. Lo triste es que su espíritu solidario no le impide sumirse en los comas etílicos. Es tan honda su tragedia que hasta podría parecer comedia. Hace solo un par de semanas, mientras rendía homenaje al dios Baco, se trastabilló, se cayó de cabeza y quedó inconsciente en una de las veredas que conducen a su comunidad. Por fortuna unos aldeanos lo encontraron al borde del desahucio total. Bajo ningún concepto permitió que lo bajaran al Centro de Salud para recibir en él atención médica. En pleno delirio etílico, exigió que lo subieran a su casa, sabedor de que ella no podría aplicársele ningún remedio. Aunque muchos pensaban que su final era inminente, Roberto, incorporándose, demostró ser falso el supuesto. Dando tumbos, llegó hasta su aldea. La sorpresa de Raúl fue mayúscula cuando, cinco días después, en el reparto de despensas, apareció de repente, coreado por las familias que -gracias a él- estaban inscritas en nuestra lista de beneficiarios. Su cabeza, aunque decorada con chipotes y moratones, conservaba lucidez para reclamarle a Raúl sus medicamentos. Se los brindó de buen grado.

Me da mucha pena ese desventurado señor. Y es que en él la nobleza de corazón queda empañada por las curdas y melopeas. Es tan honda su tragedia que hasta pudiera parecer comedia. Su familia hace tiempo que acusa el hartazgo. Fratisa jamás le ha retirado su apoyo, aunque sobren razones para hacerlo. Por eso, no cesamos de pedir a Dios que se digne echarle un cable para que recobre la cordura. Con su ayuda quizás lo consiga. Y lo que más preocupa es que su caso dista mucho de ser el único.

Al borde del desespero

Hace muy pocos días nos hemos enterado de un nuevo caso que -visto desde cerca- causa incluso escalofrío. Se trata de la familia Chocooj Chub (comunidad “Nueva Esperanza”), cuyos siete huérfanos comen cuando pueden y, si no, practican un deporte llamado “ayuno”. Su perfil familiar resulta estremecedor. Aunque algunos de sus muchachos sean ya mayores de edad, al quedarse sin padres, se han sumido en una endógena abulia



Los siete huerfanitos de la familia Chocooj Chub, atendidos por su abuelita y su tía

que los mantiene desnortados. Su tragedia se intensifica aún más al ver que -entre ellos- nadie consigue un trabajo generador de ingresos. Aunque la abuelita y una tía se han ofrecido a cuidarlos, solo están en

condiciones de ofrecerles su apoyo moral. Y con ello no se come.

Hace apenas tres años, la mamá -tras alumbrar a su último retoño- quedó invadida por una hemiplejía que, al no atajarla con medicinas, acabó conduciéndola a la tumba. El esposo, por su parte, aquejado posiblemente de un tumor cancerígeno, fue operado con apremio del estómago, pero era tal su debilidad que no soportó la anestesia. Murió en el quirófano. Y los hijos, tras agotárseles las lágrimas, constataron que nada tenían que llevarse a la boca. Estaban acostumbrándose a no comer, cuando una de nuestras colaboradoras (Gloria Xoná Xol) puso su caso en conocimiento de Fátima. Y esta, saltándose los protocolos, se comunicó de inmediato con la dueña de la tienda, pidiéndole que agraciara con una canasta de víveres a tan malhadada familia.

Según se nos ha dicho, los muchachos -al comer- han salido raudos del pozo de su angustia. Si bien todavía no brujulean hacia un puerto seguro, al menos ya se han librado de ir a la deriva. No dudo que, con algunas atenciones más por parte de Fratisa, lograrán rehacerse, mirando con ilusión hacia el futuro. Y es que familias como esa, al sumirse en el desespero, caen en tal depresión colectiva que acaba anonadándolas. Fratisa no dejará de brindarles su apoyo.

Atención al enfermo

Raúl Leal

Cuando -hace más de siete años- iniciamos nuestra labor con los enfermos de Tamahú, considerábamos un logro brindar atención a los niños discapacitados, ofreciéndoles las terapias de Fundabiem. Hoy tal oferta sigue en pie y cada vez cuenta con más clientela. Mas este proyecto inicial ha quedado en cierto modo opacado por el número de casos que todos los meses hemos de atender. Por supuesto que nuestros discapacitados siguen recibiendo sus terapias. Pero rara es la semana en la que no debo desplazarme al menos en tres ocasiones a algún hospital o centro médico de Cobán. Nuestro flujo de pacientes no cesa de acrecentarse. A veces me asombro a mí mismo viendo la cantidad de casos que, desde nuestra precariedad, conseguimos atender. Como de costumbre, me abstendré de consignarlos a todos. Me centraré en los que -por alguna razón concreta- puedan llamar más la atención.

A la familia Xol Chiquin también le duele el alma

Hay males que magullan el cuerpo. Tampoco faltan los que zahieren el alma. Y estos reclaman una atención, quizás no terapéutica, mas, en todo caso, evangélica. Es indignante descubrir cómo viven algunas familias en el municipio de Tamahú. Aunque me haya hecho experto en infortunios, los hay que arrancan sollozos. Tal es, entre otros, el de la familia Xol Chiquin con la que casualmente me topé al recorrer una inhóspita área donde solo se respira soledad y penuria. Me sobrecogió su cálida acogida. Nada me ofrecieron porque nada tenían para ofrecer. Me interesó conocer su historia. Y me la contaron con sumo gusto.

Hace ya bastantes años, un acaudalado finquero decidió



El bebé de Cristina crece sano y lozano

repartir una de sus propiedades entre quienes habían trabajado para él durante bastantes años. Era una forma de indemnizarlos. Cada campesino recibió una parcela en la que varios se animaron a construir su vivienda de tabla y latón. Dada la aridez de la zona, es conocida como "El Arenal". Y allí llegaron a vivir quince familias. Pero poco tardó en iniciarse el éxodo hacia un caserío cercano (Chicolol), pues en El Arenal no se disponía de agua. Con el paso del tiempo se vio claro que sin luz se podía sobrevivir; sin agua, no. Y lo que estaba llamado a convertirse en un boyante caserío, quedó reducido a su mínima expresión. Solo una familia tuvo arrestos para quedarse.

Vi con asombro que en torno a la casa estaba esparcida una cantidad considerable de barreños donde -según se me dijo - recogían el agua de lluvia. Los meses de sequía debían desplazarse hasta un manantial, que les quedaba muy retirado. En sus rostros descubrí signos inequívocos de una resignación con la que paliaban su abatimiento. Dentro de su habitáculo había un par de jergones, una banca y el fogón humeante. Vi claro que toda la familia estaba enferma del alma. Y dolencias así no son fáciles de curar. Nos despedimos de manera muy cordial. Ya de regreso, iba rumiando la desdicha de esas pobres gentes que carecen hasta de lo más elemental. Sin prometerme nada a mí mismo, comencé a esbozar la posibilidad de construirles una nueva vivienda. Obviamente, si tal fuera el caso, habría que regalarles también un panel solar y un gran tinaco donde recoger el agua de lluvia. Metas más difíciles se han logrado alcanzar. Pido a Dios que nos marque el camino más aliviar los sinsabores de esta familia.



El cochambroso tugurio de la familia Xol Chiquín

Las convulsiones de la joven Yolanda

Las convulsiones de la joven Yolanda

Yolanda Beatriz Quej Seb es una muchacha, oriunda de Naxombal, a la que Fratisa lleva tiempo apoyando. Su epilepsia acostumbra a jugarle muy malas pasadas. Por eso, hace unos meses, decidí llevarla al neurólogo, el cual -tras someterla a varios exámenes de laboratorio- diagnosticó su caso como muy severo. Cuando la

acosaban las convulsiones, no era fácil contenerlas. Según el médico, una vez equilibrado su organismo, debería tomar dos pastillas diarias de epiracet. Y así lo veníamos haciendo. Me sobrecogí al enterarme de que su situación era tan crítica. Me lo confirmó Vinicio que -como director de su centro escolar- conoce muy bien a las familias de Naxombal.

Sin pérdida de tiempo, me personé en su casa. La encontré encamada, con la mirada extraviada y el cuerpo suscrito a espasmos y contracciones. De inmediato pregunté a la familia si se la estaba medicando de forma correcta. Tras superar su rubor, alguien del entorno me confidenció que -por motivos de ahorro- se le administraba una sola pastilla en vez de dos. Tuve que poner freno a mi ira.

Al ser tan patético el cuadro de la pobre enferma, me acosó por un momento la perplejidad. Por fortuna tardé poco en reaccionar. Y, al lograrlo, decidí hacer una grabación de lo que



Yolanda, al fin ha dejado de convulsionar

estaba viendo en aquel momento, mandándosela al médico vía WhatsApp. Este, haciendo un nuevo alarde de su habitual afabilidad, me hizo saber que el problema era grave. Apremiaba ingresarla cuanto antes en el hospital.

Me puse en contacto con el Centro de Salud, el cual me proporcionó una ambulancia. No sin cierto agobio, entre todos logramos acomodar en ella a la paciente. Esta, sin dejar de convulsionar, fue llevada al nosocomio, donde -hasta el día de hoy- permanece internada. Los augurios son halagüeños. Se espera que consiga recuperarse. Por mi parte, he suplicado a la familia que, en el futuro, sea más diligente. No logro entender que le escatimen los medicamentos, si saben que se los proporciona gratis Fratisa. Solo se me ocurre una explicación: ¡tozudez aldeana!

Los sinsabores del pequeño Anderson

Anderson Amílcar Chiquín Ichich, de la aldea de Onquilhá, es ya un viejo conocido de nuestros lectores. A sus quince años, por más que lo agobien los penares, nunca lo abandona la sonrisa. Sufre una distrofia muscular con presagio poco alentador. De hecho, ya ha rebasado las expectativas de vida calculadas por los expertos. Ha aprendido a tejer y se pasa los días en su telar de cintura con auténticos logros artesanales. Hace un par de semanas me llamó su mamá (Marta Elena) con indisimulado nerviosismo. Me refirió que el niño tenía frecuentes crisis de tos con fiebres bastante altas. Ignoraba si todo ello podría ser presagio de un fin casi inminente. Tras serenarla, me acerqué esa misma tarde a su casa.

Vi que estaba en vísperas de dar a luz. Me dio pena la señora. Con muy buenas palabras le pregunté si no había pensado en operarse para no correr el riesgo de engendrar a otro crío con el mismo problema que Anderson. Compungida, me confesó que algo similar le habían aconsejado en el Centro de Salud, pero ella no estaba del todo decidida. Consulté su caso al neurólogo, quien me recalcó que el riesgo sería más bien para su hermanita, si algún día optaba por concebir un niño. Su aclaración me tranquilizó. Y creo que igual le ocurriría a Marta Elena. Agradeciendo mis consejos, nos centramos en su niño enfermo.

Para salir cuanto antes de dudas, lo llevé a la doctora pediátrica quien nos aseguró que solo padecía una neumonía. Con un tratamiento de antibióticos, tardaría poco en reponerse. Nos quedamos tranquilos. No obstante, viendo que su vista iba la mengua, lo llevé un par de días después a la consulta del oftalmólogo. Y este de inmediato le diagnosticó un astigmatismo agudo. Con un simple cambio de graduación, el problema quedó zanjado. Me dio mucha alegría constatar que nuestro pequeño protegido tiene luz verde para seguir sonriendo a la vida.

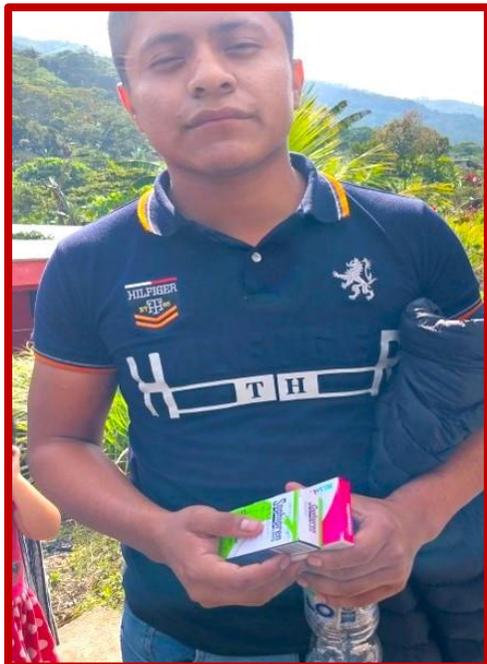


Anderson, estrenando sus nuevas gafas

El rocambolesco caso de Sergio

A veces, entre nosotros, se dan situaciones que parecen robadas al guion de una película de enredo. Tal es, entre otros, el caso del joven Sergio Humberto Cha Caal (22 años), de la aldea de Cabilhá, al que -hace más de medio año- Fratisa le ofreció apoyo para afrontar unos problemas visuales que amenazaban con dejarlo ciego. Tras varias consultas a los médicos, de repente Sergio desapareció de mi radar. Acostumbrado a los desencantos, apenas acusé el desplante. Sí me pregunté, en cambio, si acaso podía estar descontento con el trato recibido de Fratisa. No era tal. El motivo obedecía a que, desconfiando de la medicina convencional, había decidido ponerse en manos de un brujo o curandero. Y este, alterando la hechicería con la ingestión de hierbas mágicas, solo había logrado vaciarle los bolsillos.

Tras meses de terapias absurdas, vio claro que estaba al borde del caos. Y fue entonces cuando decidió contactar de nuevo conmigo. Compungido y alicaído, me confidenció que había extraviado mi número de teléfono (¿creíble?). Tras recuperarlo, se ponía a mi total disposición, ya que sus dolores de cabeza eran cada vez más intensos. El muchacho estaba sumido en un total desconcierto. Sabedor de que tenía inflamados los nervios ópticos de ambos ojos, me comprometí a acompañarlo de nuevo al hospital donde había sido previamente atendido.



Sergio Humberto, entre el sí y el no

Agradeciéndome el gesto, se dejó llevar por mí. Ambos llegamos al nosocomio. Y, tras exponer el caso al doctor, lo dejé en sus manos, no sin antes solicitarle que me notificara los resultados. Según me hizo saber, lo habían ingresado para operarlo de una masa acumulada en su cerebro. No dudé que el diagnóstico fuera certero y nos despedimos a la espera de noticias frescas. Pero estas jamás llegaron,

Pasada una semana, me acerqué a su casa para que sus padres me informasen sobre el desenlace de la supuesta intervención quirúrgica. Al entrar, mi mirada se tropezó con la de Sergio que estaba sentado en un rincón de la alcoba. Me quedé obnubilado. ¿Qué hacía allí el enfermo? Tardé muy poco en saberlo. Parece ser que, antes intervenirlo, le requerían una resonancia magnética de encéfalo y órbita que solo podía hacerse en un hospital capitalino. Y ello obviamente conllevaba los gastos del transporte y estancia. Eran tan abultados que la familia no se vio en condiciones de asumirlos.

Y ahí estaba mi buen paciente, soportando sus dolores, pero sin hacer absolutamente nada. Mi ira cedió muy pronto la primacía a la lástima ¿Podía acaso abandonar a ese infortunado muchacho con serio riesgo de quedarse ciego? Ignoro cómo se decantará el futuro. Puedo, en todo caso, anticipar que, si en verdad lo desea, seguirá contando con el apoyo de Fratisa.

CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA – JUNIO, 2025

<i>DESCRIPCION</i>	<i>CANTIDAD</i>
Pacientes trasladados a neurología	02
Medicina entregada a pacientes de neurología	19
Examen de encefalograma donado por el Hospital Regional	02
Pacientes trasladados a oftalmología	03
Medicina entregada a pacientes de oftalmología	03
Pacientes trasladados a Fundabiem	05
Asistencias durante el mes en Fundabiem	17
Pacientes trasladados a diferentes hospitales	17
Otros traslados	07
Pacientes trasladados a la doctora pediatra (Cobán)	01
Consultas médicas privadas y medicinas entregadas	02
Leche pediátrica entregada (botes)	04
Pacientes que recibieron medicina con receta	17
Extracción de piezas dentales	17

Pacientes a quienes se realizó estudio de Rayos X	02
Pacientes a quienes se realizaron exámenes de laboratorio	01
Pacientes a quienes se realizó electrocardiograma	01
Pacientes a quienes se realizaron ultrasonidos	02
Visitas a familias y enfermos	09

La campana ha dejado de tañer

Antonio Salas

Al consultar el disco duro de mi memoria, veo que son ya trece los años en los que Fratisa viene publicando su Boletín. Pues bien, desde un primer momento, Emilio Álvarez Frías se ha erigido en uno de sus más señeros puntales. En todo ese tiempo, su campana jamás ha dejado de tañer. Con el mismo tesón que ha apuntalado su vida, ha mantenido -año tras año- su compromiso campanil. Para no incurrir en el tedio, cada mes nos transportaba a alguna recóndita ermita, en cuyos vestigios históricos encuadraba los recuerdos de nuestra misión en Tamahú. Pues bien, las campanas de Emilio no volverán a tañer. Y es que su fiel campanero acaba de irse con Dios.

Emilio ha sido un amigo entrañable con el que llevo casi cuarenta años compartiendo vivencias, sea en la Escuela Bíblica, sea en Tierra Santa, sea en la biblioteca de su hogar. Hombre leal hasta los tuétanos y coherente a carta cabal, ha sido para nosotros un pilar, no solo por su disponibilidad y entrega, sino también por su envidiable andadura en el variopinto quehacer de la vida. De ideas firmes, siempre ha hecho gala de un inquebrantable pundonor.

Al cumplir sus 96 años, recibió un tierno homenaje de cariño por parte de toda su familia, donde era obligado referente. Aunque feliz al saberse agasajado, era muy consciente de que su vida pendía ya casi de un hilo. Sus múltiples intervenciones quirúrgicas iban minando su organismo, cuyo temple y entereza jamás nadie cuestionó. Vinculado al Valle de los Caídos, con la más cordial acogida por parte de su Comunidad, fue -durante bastante tiempo- el “alma mater” de una Hermandad cifrada en conservar los valores religiosos y humanos. Sus aportaciones en la revista “Altar Mayor” lo acreditan como una persona cuya integridad la indujo a ensamblar su profunda fe católica con su innegociable defensa de los valores patrios.

Aunque sin apenas salir de su casa, se sentía muy unido a la obra solidaria que viene manteniendo Fratisa en tierras guatemaltecas. El tañido de su campana siempre iba acompasado con una plegaria. Y en ella jamás se olvidaba de nuestros queridos indígenas que, en aquellos remotos pagos, no cesan de transpirar pobreza. También incluía en sus preces a cuantos benefactores consiguen, con sus ayudas periódicas, que siga viva nuestra obra solidaria en Tamahú.

Emilio, además de amigo entrañable, era un hombre hecho inquietud, Al fallecer su esposa, Lola (2011), se afanó



Emilio Álvarez Frías, homenajeado por su familia

por hurgar, con inusual frenesí, en los arcanos del “más allá”. Le brotó una sana avidez de despejar cuantas incógnitas le impedían adentrarse en el destino de su mujer. Pues bien, tal deseo se le acaba cumplir. Tras catorce años de obligada separación, ambos han vuelto a fusionarse por toda la eternidad. Y en ella disfrutarán sin trabas las delicias de la plenitud.

Desde las páginas de este humilde Boletín, rindo un cálido homenaje al amigo que nos acaba de dejar. Obviamente, no ignoro que nuestra fe, anclada en el evangelio, nos garantiza su estreno de vida plena. Y en ella nos espera a cuantos anhelamos darle un nuevo abrazo. De momento, nos conformaremos recitando una oración. No tanto para ayudarlo a él que ya fluye en lo numinoso, cuanto para recibir nosotros su ayuda. Nuestra fe nos garantiza que Emilio acaba de adentrarse en una nueva dimensión, donde vivir es gozar.

Descansa en Dios, amigo Emilio. Aunque dejarás de tañer tu campana en el Boletín de Fratisa, solázanos con su son desde la mansión celeste.



Desde que Fratisa encaminó hacia Tamahú su obra de apoyo a los indígenas más necesitados, no han cesado de aumentar los que acuden a nosotros en busca de ayuda, siendo nuestro representante Raúl Leal quien -desde un principio- gestiona tan ardua labor. Nos complace saber que cada vez se intensifica más su dedicación y su espíritu de entrega. Fratisa, muy consciente de la importancia de este proyecto humanitario, invita a sus amigos y colaboradores a que, en la medida de sus posibilidades, ofrezcan un donativo periódico para mantenerlo o incluso potenciarlo.

Toda ayuda es de agradecer - ¡Muchos pocos hacen un mucho!

Si desea leer algún otro número atrasado de este Boletín, consulte nuestra Web:

www.escuelabiblicamadrid.com / Fratisa / Publicaciones

FRATISA

Si quiere hacer un donativo periódico, le sugerimos que nos mande esta misma hojita, rellena con sus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra su cuenta corriente con la periodicidad e importe que usted nos indique.

Nombre _____ Dirección _____ nº _____ Piso _____

Localidad _____ CP _____ Provincia _____ Móvil _____

Correo-e _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € al mes)

Nº de cuenta Iban: ES _____ . _____ . _____ . _____ . _____

Periodicidad: Mensual – Trimestral – Semestral -- Anual --

Titular de la cuenta _____

También puede hacer su donativo ingresándolo en la cuenta abierta a nombre de
“Fundación Isabel de Lamo Patts – Fratisa”, en el Banco Santander.

Iban ES90.0049.1182.3226.1040.0538